

para ese nuevo humanismo que tanto anhelamos. Eso sí, ya lo decían nuestros maestros: la vida de los otros no es un jardín de delicias. Y quizás por estas implicancias, la conversión a la que se nos convoca, por pusilanimidad, es abandonada en nombre de las distracciones del momento o las preocupaciones privatistas, ésas que si no las tuviéramos, claro, ahí sí que nos ocuparíamos de los asuntos que hacen a un bien mayor que la propia existencia.

Pero esto no es un decálogo de pesimismo, sino todo lo contrario. Es una reflexión que debe ponernos a nosotros, los personalistas de Maritain y Mounier en el centro de la reflexión, para ver qué está faltando para que se enciendan los corazones de quienes nos rodean al hablarles de ese humanismo integral, de esa revolución de la cultura a la que estamos convocados.

Volviendo a la autoayuda, cabe aclarar que si bien venimos estudiando su irrupción desde hace tiempo, el fenómeno es sumamente amplio, y dado el espacio limitado que tenemos para abordarlo, lo recortaremos a partir un caso emblemático de nuestra época: la película-libro más vendida del género en todo el mundo, *El Secreto*. Luego, analizaremos la emergencia de la autoayuda en el siglo XX y por último, qué diría Jacques Maritain sobre el particular.

El caso de "El Secreto"

El Secreto es una película-libro que sostiene que todo lo que queramos ser, hacer o tener, podemos lograrlo con solo desearlo. Cualquier deseo, sin importar magnitud, puede alcanzarse nada más con pensar obstinadamente en ello. Basado en la "ley de la atracción", asegura que todo lo que nos ocurre es porque lo hemos atraído.

Seguramente la mayoría coincidamos en que siendo optimistas o demostrando cierta confianza en uno mismo, se hace más fácil cualquier empresa, sea una entrevista de trabajo, una presentación ante otras personas, o el cumplimiento de una meta. Si se logra crear una atmósfera de emociones positivas, hasta corporalmente puede ayudarse a persuadir al otro y de esa manera, me animo a decir, hasta podría torcerse el destino a su favor. Pero eso no tiene nada que ver con lo que plantea *El Secreto*, en donde no tiene ninguna importancia la voluntad, es decir, qué hago yo concretamente para alcanzar un objetivo, más allá de desearlo. Para *El Secreto*, es el cosmos quien me da eso que anhelo al

emanar una energía positiva al universo. Todo lo que sea esfuerzo, sacrificio, fuerza de voluntad, son para la auto-
ra, pensamientos de carencia .

El Secreto es un fraude. Y lo sostengo en base a la serie de mentiras en que está sostenido: la supuesta revelación de un saber milenario con el que dio Rhonda Byrne, la autora, a partir de un libro que le regaló su hija, en donde se cuenta cómo esta creencia fue la clave para que Platón, Einstein, Bethoven, Da Vinci o Shakespeare, entre otros, hayan sido quiénes fueran, ¡sin jamás mencionar una fuente! Pero más allá de todo el engaño sobre el que está montado, juega con las necesidades de las personas y eso es lo que hay que condenar. Sus

fanáticos, relativistas, egocéntricos e ignorantes fundamentalmente, dicen como leitmotiv: "todo es cuestión de creer o no", cual si fuera una religión. A partir del cálculo, este perverso éxito comercial saca provecho de las grandes carencias que podemos tener todos en mayor o menor medida, ofreciendo soluciones mágicas para todo tipo de problemas.

Pero lo cierto es que su falsa doctrina ejerce violencia para todos los que de verdad sufren, empezando por los pobres y los enfermos, pues si éstos aplicaran correctamente *El Secreto*, se enriquecerían, en el caso de los primeros (hasta vivir en mansio-

nes millonarias), o se sanarían, en el caso de los segundos. Es que su gran pecado es desear de una manera equivocada. ¡Qué sarcasmo, qué perversidad!

Uno de los mensajes más peligrosos de esta obra, que puede provocar un proceso autodestructivo en la persona, es la idea de que "cada uno es responsable de invocar sus propios deseos". Por tanto, no tengo nada que hacer por el otro si no se da cuenta por sí mismo que el universo está para que yo le ordene. Entonces, dice *El secreto*: "tu trabajo eres tú". Y de esta manera asistimos al sujeto que ha roto con todos los lazos de lo real y que depende de creerse que obtendrá todo lo que desea (y no dudar), a cuenta de que el universo se rinda a sus pies y finalmente sea o tenga eso que deseó.

En fin, para *El secreto* debes velar primero por tu felicidad y no sacrificarte jamás por otro, pues eso es un pensamiento de carencia. Es que al romper en la conciencia los puentes de la solidaridad, del amor, que me hacen salir primero al encuentro del otro antes que pensar en mi felicidad, sin darme cuenta, dejo morir al

◆ "...entre los millones de lectores y consumidores de la autoayuda, un sinnúmero de ellos busca con todo su ser respuestas a sus inquietudes más profundas, y a pesar de que en muchos casos este género puede llevarlos al encierro en sí mismos, son más los que seguirán buscando, inclinados a lo auténtico. Y allí el personalismo debe ser fuente de respuesta y de propuesta..."

otro poniéndolo a la espera de mi realización. Tal sujeto, decíamos, no entiende que la felicidad se obtiene cuando se lo ha dado todo y no cuando se atesora.

Por último, este pensamiento avaro e incommunicado, lleva a que ciertas personas se convenzan de que han construido todo en su vida sólo por sí mismos, que cada uno de sus triunfos lo han logrado por su sola voluntad y persistencia, olvidando -o negando- que en rigor, todo lo que podamos alcanzar es con ayuda de los demás. Es que son los otros los que nos han ayudado a ser quienes somos, otro que confió en mí y me alentó, otro que valoró lo que podía dar y me dio la oportunidad, otro, otro y otro. Como dice Carlos Díaz, el sujeto que piensa que es el único autor de todo cuanto ha alcanzado es alguien que exigirá le rindan pleitesía. No tiene los pies en la realidad y ha perdido la humildad, perdiéndose con ella a sí mismo. Este tipo de personajes, jactanciosos hasta el hartazgo, buscan permanentemente que los demás reconozcan todo lo que han hecho y cuán importantes son. Por el contrario, los verdaderos líderes no dejan de reconocer que no hubiera sido nada de ellos de no haber contado con tal o cual ayuda.

La emergencia de la autoayuda

Si bien hoy en todas las librerías encontramos una sección denominada "autoayuda", que incluye desde El Secreto hasta Pablo Coelho, pasando por Ari Paluch, Osho, Víctor Sueiro, Claudio María Domínguez o el cura católico Gustavo Jamut ; no es algo nuevo ni todos estos autores son lo mismo. Sólo basta mostrar estos nombres para dar cuenta de lo abarcativo y heterodoxo de sus producciones. Pero lo cierto es que allá por los años 30 Dale Carnegie escribía "Cómo ganar amigos e influir sobre las personas", y desde entonces la autoayuda cobraría diferentes rostros hasta nuestros días.

Pero es el siglo XX el periodo en que la autoayuda se fue constituyendo como tal. Y en los años 60, de la mano de la New age, fue parte de los procesos contrahegemónicos de la cultura juvenil, con un sesgo particular; siguiendo su despliegue y reacomodo al discurso neoliberal dominante en los '90, y convertirse, ya como género, en una herramienta eficaz para el control de los conflictos .

De acuerdo al estudio que realizó Vanina Papalina, quien se doctoró en ciencias sociales con un trabajo en donde estudió más de 60 libros de autoayuda, dicho movimiento contra-cultural apuntaba a la transformación de la subjetividad. Representaba un movimiento social en radical contraposición al sistema dominante: el rechazo de sus instituciones y valores, prácticas, gustos

y modelos de vida . Esta rebeldía cultural frente a un estilo de vida impuesto, rígido y tendiente a la polarización política y social, fue reabsorbido por un modelo comercial, perdiendo toda fuerza revulsiva y haciéndolo profundamente funcional al sistema. Todos aquellos elementos culturales, provenientes de oriente, como el zen, que planteaban otro modo de concebir la vida, fuera de un esquema donde el trabajo reproductivo mecanizaba a la persona; y de la mano de una filosofía de "vuelta a la naturaleza", que pretendía ejercer un equilibrio frente a la tecnificación de la vida; todo esto fue resignificado hacia el esoterismo, no haciendo más que fortalecer aquello que originalmente buscaba combatir.

Según Papalini, se trata de un caso en el que un movimiento emancipatorio fue recapturado y reencauzado hacia las lógicas hegemónicas, poniéndose al servicio de éstas al punto de convertirse en uno de los modos de disipar las crisis y malestares de la sociedad contemporánea.

La autoayuda de nuestros días

Este modo de desenvolvimiento de la autoayuda se ocupa hoy de asuntos que ya no tienen la fuerza revolucionaria de otra época, muy por el contrario, todo apunta dentro de un status quo inalterable, a resolver cuestiones emocionales, de autoestima y las múltiples recetas para las relaciones humanas en ámbitos familiares o laborales: desde el liderazgo a la capacidad del cerebro (PNL), pasando por cómo hablar bien en público e influir en las personas, hasta entenderse con el otro sexo.

Una de las premisas de Papalini, que explica su eficacia, está dada por el despliegue de la espiritualidad, que, siendo una de las dimensiones fundamentales del ser humano, ha sido descuidada y minusvalorada por la sociedad moderna, absorbiendo su representación este movimiento difuso y heterogéneo.

Otro de los aspectos más críticos de la autoayuda propia de nuestros tiempos consiste en esconder todos los conflictos que una persona pueda experimentar, tanto existencialmente como en la actividad que desempeña a nivel laboral. El objetivo está en que todo siga funcionando de igual manera, sin jamás cuestionar ningún aspecto de fondo, como el modo de producción, la desigualdad, etc. La autoayuda no tiene conciencia social ni pertenencia comunitaria. Todo queda reducido al ámbito individual: subjetividad absoluta. "Lo importante es cómo cada individuo se siente, se percibe a sí mismo y percibe su situación".



Inversamente a la mirada que la contracultura tenía sobre el trabajo, en favor de la búsqueda de la armonía y la paz, en el ámbito colectivo, el escenario de la vida cotidiana y el mundo laboral se presenta como una conflagración. Sin embargo, en medio de tal beligerancia -sostiene Papalini-, parece posible alcanzar un estado interior de serenidad, que permitirá a su vez mayor resistencia a la intensa presión del trabajo. Es una competencia atroz por ser los primeros que cruzan la meta. No importa cuántos queden al margen. Es mi triunfo .

Del mismo modo, esta heterogeneidad de temas y estilos implicados en la literatura de autoayuda puede sintetizarse en unas pocas significaciones: la idea de que el éxito es bueno y se puede alcanzar, pero que depende de uno mismo; la idea de que cada individuo cuenta con los medios para superarse pues todo depende de su actitud y del aprendizaje de ciertas técnicas; la idea de que la felicidad, el éxito, el fracaso, están en manos de cada uno porque es el individuo quien decide quién es y cómo va a sentirse, prescindiendo de la mirada de los otros.

¿Qué diría Maritain al respecto?

Dada su muerte en 1973, es imposible saber qué diría Maritain sobre este fenómeno consolidado en nuestros días. No obstante, un breve repaso sobre algunas de sus ideas, nos puede ofrecer un panorama

bastante elocuente. Al estudiar las religiones orientales como el hinduismo y el budismo, podemos comprender cómo la autoayuda ha tomado varias de sus premisas, aunque desde una perspectiva tan alejada a la vivencia de aquellas prácticas milenarias, como es una perspectiva de consumo, nada más contradictorio. Sin embargo y sin que Maritain hablara de autoayuda, la caracterización que él hace de estas religiones, como también del judaísmo y el cristianismo, nos presenta pautas muy claras para comprender este modo de ser de nuestra época, repleta de creencias descafeinadas que pululan por doquier.

Para la sabiduría hebrea -analiza Maritain en Filosofía moral-, a diferencia de la hindú, el hombre no asciende a ella por su esfuerzo. No es el hombre quien la conquista, sino Dios quien la da. "No es -continúa- movimiento de ascenso de la criatura, es descenso del Espíritu creador. Del mismo modo y ya bajo el cristianismo, San Pablo expresa que no es por nuestro propio esfuerzo que nos hacemos justos, sino por el don de aquél que nos ha amado primero". Y aquí hay una clave muy liberadora que rompe uno de los mandamientos de la autoayuda: no todo depende de uno mismo, de hecho lo más radicalmente constitutivo de nuestras vidas, nos trasciende. Así, se habilita la instancia de asumir la propia vulnerabilidad, la imperfección, el pecado; pero sin entrar en reminiscencias religiosas, es la dependencia y no la independencia, la que paradójicamente nos abre a la autonomía. Es decir, aceptar libremente depender de otro en el amor: de quien se ama, pero también de quien sufre y cuyo rostro me ordena. La contracara de esta dependencia amorosa es la evasión, pues no hay liberación absoluta, sino autodeterminación narcisista, la peor de las esclavitudes.

Maritain es crítico respecto a este espíritu que ha roto con los demás hombres y que de forma acentuada toma la autoayuda. Pues para él el ser humano es "ese centro metafísico de existencia, de bondad y de acción capaz de donar y de donarse [...]. En este sentido, la personalidad significa interioridad por sí misma; pero esta interioridad o subjetividad de la persona, es la del espíritu que, en cuanto tal, tiende a la comunicación y a la donación por medio del conocimiento y del amor".

De aquí que este humanismo, el personalismo, entienda la búsqueda de la felicidad vinculada al sacrificio de sí mismo: es la realización del ser humano en el amor, en donde los bienes materiales y la abundancia en la vida común deben ser buscados, no obstante, como condiciones y medios para dicho fin .

"Cuando un hombre ha sido despertado radicalmente en el sentido del ser o de la existencia -escribe

Maritain-, y cuando llega a ver intuitivamente la oscura y viviente profundidad del yo y la subjetividad, experimenta, en virtud del dinamismo interno y de esa intuición, que el amor no es un placer transitorio o una emoción más o menos intensa, sino que es la tendencia radical y la razón fundamental, inscrita en su corazón, por la cual vive” .

Por el contrario, la autoayuda vive centrada en el deseo, “en lo que yo quiero”, como si esos anhelos de por sí fueran legítimos o más bien auténticos. ¿Cuántas veces deseo de manera desordenada? me pregunto, o bien ¿cuán seguro puedo estar de que aquello que deseo se corresponde en realidad con quien soy? Sin embargo a la industria de la autoayuda no le interesa avanzar hacia una sociedad de personas que ganen en dignidad y libertad. Es por ello que para la realización personal -en un doble movimiento que a su vez involucra a la transformación social- es bueno contar con algunas orientaciones, pero no reveladas por algún gurú ilustrado, sino conquistadas en la interioridad. De esta manera, “el hombre debe ganar su personalidad como gana su libertad y en el orden de la acción, no llega a ser una persona si no consigue que las energías racionales, las virtudes y el amor determinen su curso a la impetuosa multiplicidad que lo habita” .

Asimismo, para Maritain el desarrollo dinámico del ser humano podrá realizarse en el sentido de la individualidad material o en el sentido de la personalidad espiritual. “Si se realiza en el sentido de la individualidad material, irá hacia el yo aborrecible, cuya ley es tomar, absorber para sí, y como consecuencia, la personalidad tenderá a alterarse, a disolverse. Si por el contrario, el desarrollo va en el sentido de la personalidad espiritual, el hombre avanzará en el sentido del yo generoso de los héroes y de los santos” .

Llegamos así al problema crucial y decisivo del ser humano. Hay quienes confunden la persona con el individuo y para procurar a la personalidad su desarrollo y la libertad de autonomía a que aspira, es necesaria cierta ascesis: “creen que el hombre puede dar fruto sin que se lo pode” , parecería decirle Maritain a los cultores de la autoayuda.

De lo que se trata, en palabras de nuestro autor y en función de sostener la idea central de este trabajo, es que debemos tender a que en el ser humano que somos cada uno de nosotros, el peso de la individualidad disminuya y el de la personalidad aumente. Personalidad, que si se busca al compás de la autoayuda, se extravía, pues su ley es el egocentrismo; mientras que el bien común temporal hace que cada uno, al subordinarse a la obra común, se subordine a la realización personal de los otros, de las otras personas, de suerte que, por la gracia de la amistad

fraternal, la subordinación de la persona conduce a la dignidad de la persona.

Conclusión

Hasta aquí nos hemos planteado reflexionar sobre la autoayuda como riesgos y oportunidades para un nuevo humanismo. Quizás el mayor énfasis estuvo puesto en los riesgos, pues las oportunidades vendrán con la obra concreta. Baste con saber que entre los millones de lectores y consumidores de la autoayuda, un sinnúmero de ellos buscan con todo su ser respuestas a sus inquietudes más profundas, y a pesar de que en muchos casos este género puede llevarlos el encierro en sí mismos, son más los que seguirán buscando, inclinados a lo auténtico. Y allí el personalismo debe ser fuente de respuesta y de propuesta: una sociedad en que sus integrantes apuesten por la relación antes que el individualismo, luchando contra cualquier tipo de totalitarismo despersonalizante. En otras palabras, el marco será una construcción comunitaria que albergue sujetos personales y no individuos acrílicos masificados. Debemos seguir trabajando para eso, por lo pronto sin descuidar ningún aspecto de la realidad política, social y también cultural que atente contra estas premisas de realización personal y comunitaria.

